

LA QUINTA

No soy supersticioso ni creo en números o cosas así. El número trece para mí es el que sigue al doce o está antes del catorce, nada más. Tampoco el siete me mueve nada. Ni el tres, ni el uno, ni el nueve o el cuatro. Y así puedo llegar hasta el millón o el billón. Se me hace de una ridiculez tremenda que en los aviones no se tenga un asiento en la fila trece o peor aun que muchos edificios no tengan ese piso. Es tontería pues basta con contar de abajo hacia arriba para saber cual es el trigésimo. Me casé un martes trece, no a propósito, sino porque así cayó. Igual me pude casar un domingo siete. Mi suegra fue la que me dijo que era malo casarse en esa fecha. Por supuesto que no le hice caso pues desde esa época y hasta que se murió, gad, le gustaba meter su cuchara en todo. –Ahorita que no está mi mujer les diré que gad quiere decir Gracias a Dios, pero no se lo vayan a decir, please- Le di por su lado, a mi suegra, no a mi mujer, y le juré que no había conseguido otra fecha. Puras mentiras que me funcionaron. ¿Qué si me ha ido bien en el matrimonio habiéndome casado en martes trece? Yo a mi vez le pregunto al que preguntó que a cuál matrimonio le va bien. No conozco uno. Pero dentro de la generalidad ahí la vamos pasando, por lo menos jamás hemos pensado en divorcios o separaciones.

Repito que no creo que ningún número tenga influencias en nosotros, pero por otro lado sí puedo decir que un número nos puede gustar. El número cinco me gusta como me gustan las puestas del sol o leer un buen libro. Pero más que nada me gustan las quintas sinfonías. Esas me vuelven loco, igual la de Beethoveen que la de Tchaikovsky, la de Malher, de Mozart, de Schubert, de Bruckner o de la que quieran ustedes. No he encontrado una mala. Y no solamente me gustan sino que creo que son las mejores sinfonías de esos autores. A la mejor por eso dicen que no hay quinto malo. Ya sé que los que aman la novena de Luís- yo así lo nombro- me van a decir que cómo puedo comparar. A mí también me gusta la novena pero no como la quinta. Esa es concisa, fuerte, impactante. Cuando la escucho no puedo quedarme sentado. Siento una falta de respeto si lo hago. Lo hago de pie, muy derecho, no como militar, no piensen eso, sino como alguien a quien bañan con música. Y yo recibo ese baño con arrobó.

Muchos dicen que la quinta sinfonía de Beethoven es muy mexicana y yo estoy de acuerdo. Que conste que no porque yo sea nacionalista, no, qué va, Luís es

totalmente germano...Pero la quinta...¿La han escuchado bien? Acuérdense cómo comienza. Son cinco notas. Tan tan tan tan tan. Las mismas notas que las mentadas de madre nuestra. Por eso lo de mexicano.

Bueno, he estado hablando mucho de las quintas de otros y no he hablado de mi quinta. Sí, de la mía, no de otro. ¿O acaso no puedo? ¿No hay libertad para eso? Pues voy a hablar de ella y cuando termine quiero que ustedes se enamoren del mismo modo en que yo estoy enamorado. A mis cuatro anteriores las quiero mucho, muchísimo, pero esta es algo distinto...No en balde es la quinta.

Para empezar es tersa como puede ser un cachorrito o el pétalo de una rosa. Es alegre como son el sol, las flores y las guacamayas. Es impactante como un volcán en erupción o el desprendimiento de un iceberg de un glacial. Es juguetona como los pequeños simios en la selva o la caída de agua de una catarata. Tiene sus momentos solemnes, claro que sí, solemne como una junta de ministros o la niebla que borra árboles y montañas. Es clara como el agua y el cristal.

No sigo pues no me gusta presumir mucho. Siempre me han dicho que debo ser modesto, que es muy fea la presunción. Pues sí, es fea, pero ni modo que decir que mi quinta es horrible o insignificante. Imposible. La quinta es la quinta y con eso ya está dicho todo.

Podría pasarme horas hablando de ella, pero hoy ya no puedo. ¿Saben por qué? Porque en este momento la voy a ver, cumple su primer año de vida. Mi quinta nieta es una maravilla, se los juro. Les voy a traer una foto. Bye.

Tomás Urtusastegui

Marzo 2006